

LENGUAJE, EVOLUCIÓN Y NACIONALISMO A PROPÓSITO DEL LIBRO ‘LENGUAS EN GUERRA’

Ester Astudillo¹

Resumen Este texto, aprovechando la reciente publicación del último Premio Espasa de Ensayo, *Lenguas en guerra*, de Irene Lozano, hace un recorrido por las ideas más destacables del libro, tanto sobre el origen filogenético del lenguaje como sobre la problemática relación que este origen supone, según la autora, para las justificaciones al uso sobre los nacionalismos fundamentados en la singularidad de la lengua propia, y sitúa estas ideas en el contexto de los conocimientos que se tienen hoy sobre evolución, genética e historia del pensamiento. El texto también hace una crítica a algunos de los razonamientos de Lozano y presta atención al contraste entre su perspectiva idealista sobre la funcionalidad y el uso recto del lenguaje y su visión más pragmática y posibilista sobre el nacionalismo y el conservacionismo lingüístico.

Palabras clave Adaptación, Comunicación, Especie, Espécimen, Evolución, Funcionalidad, Lenguaje, Nacionalismo

Abstract This review takes advantage of the recently published 2005 Espasa Book Award, *Lenguas en guerra*, and comments on the most fundamental ideas thereof, both about the filogenetic origins of language and about the incompatibility, according to the author, of such origins with mainstream ideas on nationalism as based on the singularity of non-state languages. The texts also aims at examining such ideas in the light of current knowledge about evolution, genetics and the history of human thought, and focuses on the contrast between the author's idealistic stand on language's functionality and its proper use, on the one hand, and her more pragmatic and possibilistic view about nationalism and language preservation, on the other.

Key words Adaptation, Communication, Evolution, Functionality, Language, Nationalism, Species, Specimen

El último Premio Espasa de Ensayo, *Lenguas en guerra*, de Irene Lozano (Espasa-Calpe, Barcelona, 2005), no podía ser más oportuno teniendo en cuenta la situación política española: se trata de una reflexión sobre la esencia del lenguaje y de un análisis

¹ Ester Astudillo es filóloga y lingüista (UB), y ha cursado estudios de psicología (UOC). Ha publicado artículos y traducciones en la revista *Lateral*.

desmitificador del pensamiento nacionalista basado en la defensa del lenguaje como herramienta privilegiada de comunicación. Según como se mire, y como se lea, el libro puede apaciguar la animosidad reinante o bien inflamar la llama del antagonismo. Para hacer justicia al libro, es preciso leerlo con la mente abierta, haciendo un ejercicio crítico de las propias ideas sobre la cuestión. Se puede acabar estando de acuerdo o en desacuerdo con la argumentación que la autora sigue para justificar su postura antinacionalista, pero en todo caso hay que reconocerle el acierto de una aproximación intelectual a la cuestión, no basada en la visceralidad, e históricamente fundamentada.

La disertación de Irene Lozano tiene dos partes bien diferenciadas: la primera consiste en una argumentación sobre la capacidad humana para el lenguaje, una disquisición sobre el origen psicobiológico e innato de esta capacidad y una contraposición de la funcionalidad adaptativa originaria de este instrumento de comunicación *versus* la instrumentalización política diferenciadora de la cual es objeto desde el Romanticismo; la segunda parte se centra en la situación sociolingüística de las lenguas en España, y específicamente hace un análisis crítico del discurso nacionalista catalán denunciando la artificialidad –si no la falsedad- del mito de la lengua como eje vertebrador de unos conceptos de cultura y nación nada ajustados históricamente.

En la primera parte, la autora da crédito a las teorías innatistas sobre la ontogénesis del lenguaje a nivel individual, postuladas explícitamente por Chomsky en los años 60 y avaladas en buena medida por posteriores investigaciones psicolingüísticas. Según las hipótesis innatistas, todas las lenguas del mundo, a pesar de su diversidad manifiesta, comparten ciertos rasgos esenciales –denominados *universales lingüísticos*–, como por ejemplo, que en todas las lenguas hay palabras semánticas y palabras funcionales, que hay combinaciones de fonemas imposibles en cualquier lengua (como por ejemplo /lfa/ o /lca/) o que todas las lenguas tienen como categorías gramaticales sustantivos y verbos; y esto es así esencialmente porque el lenguaje es el producto de una capacidad innata de los hombres, responde a una estructura cerebral determinada –*módulos* en palabras de Fodor, *hardware* en terminología contemporánea–, y como todos los humanos compartimos la misma estructura cerebral, las posibilidades de creación y procesamiento están universalmente limitadas.

Chomsky redujo la estructura básica de cualquier lengua humana a lo que se ha dado en llamar la *gramática universal*; las manifestaciones de este núcleo de reglas mínimas son las lenguas naturales, que añaden reglas particulares, especificaciones,

restricciones, etc., al núcleo de la gramática universal. Entender la capacidad del lenguaje humano como un producto directo –y casi necesario- de la estructura cerebral explica por qué los niños aprenden con tanta rapidez y facilidad su lengua materna (porque están genéticamente programados), y por qué cualquier niño tiene la potencialidad de aprender cualquier lengua natural –por muy *difíciles* que nos parezcan a partir de los 10 años-, incluso cuando hay una mengua de las capacidades intelectuales o cognitivas.

Lozano enfatiza este elemento universalizador y nivelador de todas las lenguas, esta equiparación del lenguaje a un instrumento adaptativo de la especie, para poner el acento sobre su funcionalidad universal: la comunicación como vía para optimizar la cooperación entre especímenes. Y se sirve de esta tesis para hacer una crítica de la instrumentalización política de que son objeto las lenguas desde la época del nacimiento del estado moderno, agudizada por la ideología romántica y la génesis del concepto de *nación*, instrumentalización que en definitiva sirve para legitimar las fronteras y las luchas entre poblaciones y que acaba pervirtiendo la finalidad primera y última del lenguaje como medio supremo de comunicación.

Lenguaje y evolución

Ahora bien, una cosa es el innatismo lingüístico, defendido por la autora, que en su exponente menos estrecho está unánimemente aceptado por todos los psicolingüistas, y otra cosa diferente es la postura ontológica sobre el lenguaje que Lozano exhibe: es decir, defender la idea de que, como el lenguaje en su etapa incipiente hace decenas de miles de años sirvió a la especie para unos propósitos determinados (magnificar la cooperación entre especímenes), ahora se deba mantener fiel cuando el medio en que viven los humanos es radicalmente diferente del imperante en el nacimiento de la especie. Además, a este argumento se puede oponer la evidencia de que especies tan alejadas evolutivamente de los humanos pero también gregarias y constructoras de sociedades complejas, como las abejas y las hormigas, tienen sistemas de comunicación no lingüísticos pero mucho más eficaces que el nuestro, más precisos y mucho menos manipulables. La pregunta que se sigue de esta evidencia, pues, es la siguiente: ¿podemos afirmar sin el menor asomo de duda que el objetivo de facilitar la comunicación dentro de la especie es lo que explica hasta el último detalle el proceso de génesis del lenguaje humano?

Aunque la respuesta fuera afirmativa, es requisito *sine qua non* de los seres vivos la adaptación al medio, y los humanos somos el exponente más exquisito. La biología nos ofrece multitud de casos que demuestran cómo un órgano que originariamente tenía una función determinada cambia con el tiempo de funcionalidad para magnificar la adaptabilidad de la especie. De hecho, algunos especialistas en psicología evolutiva consideran el lenguaje humano no una adaptación, sino una *exapción*: un subproducto del agrandamiento del cerebro de los homínidos cuya finalidad no era posibilitar la comunicación entre congéneres. Fue el azar el que permitió que las potencialidades de un cerebro más grande y con más capacidad de procesamiento se aplicaran a la intercomunicación, en un largo proceso ciego y no guiado.

Ilustrativamente, a nivel morfológico, también se ha constatado que las extremidades de los anfibios, precursores de las de los mamíferos, no se generaron para solucionar el ‘problema’ del desplazamiento, puesto que las aletas de los peces, como preadaptación de las extremidades de lo que un día serían los anfibios, ya les servían en el medio acuático para este propósito y eran empleadas esporádicamente a modo de rudimentarias patas. Si se acepta esta visión, cosa que genetistas y evolucionistas defienden con respecto al lenguaje basándose en el formidable ajuste de la capacidad de procesamiento cerebral y la capacidad fonadora y articulatoria, constituiría el ejemplo perfecto para ilustrar este hilo argumentativo: la funcionalidad de un órgano está sometida a adaptación, no permanece inamovible a lo largo del tiempo porque si lo hiciera sustraería adaptabilidad a la especie. En definitiva, contraponiéndose a la visión más ortodoxamente darwiniana, primero es el órgano y después la función, es decir, ya está obsoleto el dogma de que es la función o la ‘necesidad’ la que guía la génesis del órgano. Aplicado al lenguaje, esto querría decir que primero fueron la capacidad de procesamiento cerebral y una incipiente capacidad fonadora, después surgió un rudimentario lenguaje, y sólo en última instancia la nueva funcionalidad comunicativa del lenguaje, con el plus de adaptabilidad que suponía, propulsó los cambios anatómicos necesarios para el advenimiento del lenguaje como hoy lo conocemos al nivel de la faringe y del cerebro. En definitiva, no hubo ‘necesidad’ de comunicación previa a las modificaciones anatómicas que en el futuro posibilitarían el lenguaje verbal, sino que esto sucedió después, en el proceso de adaptación y de búsqueda de nuevas funcionalidades para una capacidad cerebral creciente.

La historia de la vida es la historia de la decadencia, el declive y la extinción de una especie tras de otra, sucesivamente y sin piedad, junto con la aparición de nuevas formas de vida que desplazan a las anteriores. Subrayar esta sucesión de formas de vida es de lo más oportuno por enfatizar la evanescencia, en términos evolutivos, de la adaptabilidad de una especie determinada en un entorno cambiante: aquello que en un momento es adaptativo eventualmente deja de serlo porque se acontecen cambios en el ecosistema, las necesidades decaen, cambian o se extinguen. Y viceversa, para adaptarse a un entorno cambiante, aquella conducta que originariamente podía ser desadaptativa, y que por lo tanto no se observaba masivamente, acaba siendo adaptativa porque hace aumentar el éxito reproductivo de los especímenes que la exhiben en un entorno totalmente diferente del original.

Lo que quiero decir es que en esta disquisición sobre adaptación y evolución es preciso tener presente la diferenciación entre factores proximales y factores distales en la explicación de los cambios evolutivos. La evolución es un proceso ciego, no teleológico, que sólo emplea la replicación del ADN como mecanismo autopropagador de los especímenes y que no busca ningún objetivo determinado, ni siquiera la supervivencia. Los cambios evolutivos se acontecen por azar, sencillamente porque los especímenes mejor adaptados tienen más éxito reproductivo y traspasan a sus descendientes el genotipo de las adaptaciones. Las mutaciones adaptativas prevalecen porque hacen tener éxito reproductivo a los especímenes portadores, pero este éxito reproductivo es un factor proximal, es decir, sólo sirve para explicar el éxito de la adaptación de forma inmediata, no a largo plazo. La evolución es ciega, y es posible que una mutación que proximalmente ha sido adaptativa deje de serlo a largo plazo, distalmente.

Un ejemplo de esto lo tenemos en la distribución de ciertas patologías según los grupos sanguíneos: la anemia falciforme es muy común en África porque allí el grupo sanguíneo que prevalece con total dominancia es el grupo 0, y se ha demostrado que hay una correlación positiva entre el genotipo 0 y la probabilidad de sufrir este tipo de anemia. La lectura superficial de este hecho es paradójica: ¿cómo es posible que la mayoría de la población en un lugar determinado comparta un grupo sanguíneo que los hace vulnerables a una enfermedad tan grave como la anemia falciforme? ¿No es esto un fracaso de la evolución? En realidad, esta supuesta falta de adaptación queda perfectamente explicada si tenemos en cuenta que el grupo 0 también confiere a los

individuos con este genotipo una mayor resistencia contra la malaria, enfermedad endémica en África. De forma que en el albor de los tiempos se consiguió (y sostenidamente se mantuvo a lo largo de los milenios) un equilibrio dinámico entre el fracaso reproductivo que representaba la anemia y el éxito reproductivo de la resistencia a la malaria, hecho que propició que el grupo 0 fuera seleccionado de forma natural como óptimo en el contexto donde se desarrollaron los homínidos, en África. Obviamente, en un mundo donde la vacunación contra la malaria sea parte de un protocolo médico rutinario, esperamos que en un futuro próximo, la ventaja reproductiva de los resistentes contra la enfermedad será inexistente, y la prevalencia del grupo sanguíneo 0 acabará siendo desadaptativa porque llevará emparejada una mayor vulnerabilidad a sufrir anemia falciforme, pero esto sucederá miles de años después de que la selección hubiera optado por el grupo 0 como prevaleciente en la cuna de los *Sapiens*, es decir, distalmente. Y resulta obvio que no por el hecho de que restemos eficacia a los mecanismos evolutivos de la selección natural se nos ocurrirá obstaculizar el advenimiento de una efemérides médica tan esperada –excepto, claro está, que haya quien haya perdido el juicio completamente.

A otro nivel, de forma paralela a la denuncia de Lozano sobre la perversa instrumentalización del lenguaje en nuestro mundo actual, también la religión, que al principio de los tiempos de la raza humana sirvió al propósito de cohesionar los pequeños grupos humanos, organizarlos y originar una incipiente división del trabajo que favoreciera su supervivencia, ha sufrido en los últimos diez siglos de nuestra historia una instrumentalización no adaptativa hasta llegar a convertirse hoy en día en una verdadera amenaza para la misma especie y para el planeta en general. ¿Es una aberración que haya sucedido esto? Según el razonamiento de Lozano, sí.

Se estima que la media de vida de las especies voluminosas en el planeta es alrededor de una decena de millones de años, excepto notorias excepciones. Los homínidos ya hace entre 7 y 8 millones de años que poblamos el planeta, de forma que podemos decir que con cierta probabilidad estamos tocando el techo de nuestra estancia en la Tierra. No somos el último peldaño en la escala evolutiva, habrá vida tras nosotros, y si con nuestra conducta estamos propulsando el fin de nuestro reinado, puede que no sea por casualidad: al fin y al cabo, estamos siguiendo un patrón que se constata que han seguido la mayoría de formas de vida no bacteriana a lo largo de centenares de millones de años en la Tierra. Resulta sin duda paradójico, pero creo que

no necesariamente aberrante, que la cultura humana, en el centro de la cual está el lenguaje, haya surgido como mecanismo supremo de adaptación al medio y que, a su vez, esta adaptación a un entorno siempre cambiante pueda servir a propósitos tan encontrados a aquellos para los que los procesos de ajuste espécimen-medio la generaron en un principio. Por más repulsiva y no adaptativa que nos pueda parecer esta coda, es preciso tener los pies en el suelo, ser más realistas que voluntaristas, y atender a la lección que nos ofrece la biología: no podemos pretender borrar siglos de historia, olvidar las cruzadas, las guerras religiosas, el surgimiento de los estados nacionales, Saussure y su revolución con los términos de *norma* y *habla*, que existen la sociolingüística y la dialectología...; en fin, que la historia del pensamiento nos ha llevado al advenimiento de la conciencia metalingüística, y que este hecho inexorable, como el mismo conocimiento, ya no el conocimiento especializado, sino el mismo conocimiento del mundo de la persona de a pie, lo impregna todo, incluso en la mente de los hablantes no expertos en temas de lingüística.

En definitiva, nuestro entorno ha cambiado dramáticamente respecto del medio que nos vio nacer hace entre 7 y 8 millones de años. Que haya cambiado por efecto de la acción del hombre, en lugar de azarosamente, es puramente anecdótico a efectos de la validez de este argumento, aunque haya quien se empeñe en creer que el intervencionismo humano sobre el planeta es pernicioso: dadas nuestras potencialidades genéticas, nuestra inteligencia y nuestra versatilidad, estábamos destinados a hacerlo, era un hecho inexorable. Y la inexorabilidad no es ni buena ni mala: sencillamente, sucede. No hace falta empeñarse en juzgar moralmente nuestra historia. Hoy en día, el lenguaje, las lenguas, son la representación que tienen sus hablantes: hablar no es un acto meramente lingüístico, sino metalingüístico, porque los hablantes no sólo hablan, sino que saben que hablan, y que hablan una lengua determinada, y que el lenguaje, además de servir para comunicarse, tiene otras muchas funcionalidades, como por ejemplo vehiculizar el engaño, acción prototípicamente humana que no sería posible sin lenguaje y que se desmarca del objetivo primitivo de maximizar la cooperación dentro de la especie; la conciencia de todo esto, extensible incluso a los hablantes menos formados, tiene, efectivamente, un valor simbólico que no se puede obviar. Olvidarse de ello, como reclama Lozano, olvidar el poder simbólico de la lengua, retrotraerse a los orígenes, aspirar a rescatar el lenguaje en su estado puro, virginal e inocente tal y como era cuando se convirtió en el rasgo distintivo más importante que diferenciaría a los

Homo Sapiens de los homínidos predecesores, es una opción purista y esencialista, además de impracticable.

Lenguaje, cultura y nacionalismo

Cierto es, sin embargo, como resalta Lozano sobre todo en la segunda parte del libro, que hace falta llamar la atención sobre el discurso ontologista que también hacen los culturalistas, en sus antípodas a pesar de que coincidan en ser esencialistas (aunque sobre aspectos diferentes del lenguaje); que hace falta desenmascarar la presentación del binomio lengua-cultura como algo natural, y poner freno al extremo determinismo lingüístico tan en boga actualmente. Adelanto aquí que si bien la postura de la autora con respecto al nacionalismo y al conservacionismo lingüístico es claramente posibilista, alejada de ontologismos y ciertamente pragmática, esta perspectiva contrasta con su esencialismo sobre la funcionalidad y el uso recto del lenguaje analizado en el epígrafe anterior, característico de una aproximación más bien idealista.

Los culturalistas, seguidores de Sapir y el determinismo lingüístico, plantean que la lengua es anterior a la construcción social del mundo (cultura) y al pensamiento, son relativistas; los innatistas defienden que el pensamiento antecede el lenguaje, son esencialistas. En realidad, plantear así la disyuntiva es una falacia: lenguaje, pensamiento y cultura son herramientas interdependientes y mutuamente ajustadas para garantizar la máxima adaptabilidad de los individuos a su medio. Sin duda que la cultura, y la cosmovisión que lleva asociada, depende del lenguaje, pero sólo en la misma medida en que el lenguaje depende de la cultura: en la historia de los homínidos, el lenguaje no habría surgido sin el pósito de sociabilidad, gregarismo y altruismo que empezó a caracterizarnos antes de convertirnos en *Sapiens* y que se pueden considerar los fundamentos de la primera cultura humana. Es una obviedad, pero una obviedad fundamental y crítica, que el lenguaje y las lenguas son el reflejo del medio en que viven sus hablantes, y no a la inversa, aun cuando esto no quita que el lenguaje sea creativo y pueda instaurar nuevas realidades, como veremos más adelante. Tal y como denuncia el libro, resulta absurdo, además de retrógrado, pensar, según la interpretación más puramente relativista/culturalista, que haya ideas inaccesibles para los hablantes de determinadas lenguas sencillamente porque la sintaxis o el léxico de la lengua concreta

no sean proclives, postura comparable a la actitud de desprecio, tan digna de hilaridad desde la perspectiva actual, que las lenguas vernáculas despertaban entre escribas y personas cultas por su *rudeza* y *vulgaridad* frente al latín en la Edad Media.

Ciertamente, las ideas dependen de la cultura, y es una evidencia que las ideologías, las cosmologías, las filosofías y las religiones están desigualmente distribuidas alrededor del globo terráqueo según la historia y las necesidades en un lugar geográfico determinado, pero esto no es una cuestión puramente lingüística, sino un reflejo de la diferente adaptación biológica y psicológica a los diferentes entornos. Extrapolar el argumento culturalista nos llevaría al solipsismo y a la negación de la posibilidad de comunicación y de cultura compartida: los hablantes de una lengua, en el proceso de aprendizaje y uso, lo que hacen es generar un idiolecto (apropiación personal y particular que cada hablante hace de la *norma* lingüística saussuriana), y no hay dos personas con idiolectos idénticos, porque difieren en los vocabularios activo y pasivo, en la competencia sintáctica, en la conciencia lingüística y metalingüística, etc. A otro nivel pero igualmente en relación con esta cuestión, también es obvio que las personas expertas en una materia tienen un espectro más amplio de vocabulario para referirse a ella: son los tecnolectos, ininteligibles para los profanos en la cuestión. Y es cierto también que esta proliferación léxica tiene un correlato a nivel perceptivo: la percepción de los fenómenos relacionados con esta materia es más fina y estructurada para los expertos, que además tienen la habilidad del metaanálisis: no sólo saben lo suficiente sobre su tema, sino que pueden discriminar los conocimientos de las creencias propias, pueden hacer un metadiscurso sobre su conocimiento, cosa inalcanzable para los profanos. Ahora bien, este hecho no nos da pie a afirmar que la cosmovisión general de un experto en una materia sea diferente de la de cualquier otra persona por razón de su calidad de experto y de su riqueza léxica.

En definitiva, que si el pensamiento y la cultura dependieran estrictamente de la lengua tal y como es usada, no sería posible cohesionar un grupo humano porque cada individuo habría hecho una construcción del mundo dependiente de su idiolecto propio (incluyendo los tecnolectos que domine). Por suerte, abrir los ojos a los acontecimientos cotidianos y a la *realidad* del roce diario con nuestros congéneres nos confirma que esto no es así, y que el pensamiento, una vez superadas las trabas psicológicas, prejuicios, ideas preconcebidas y hábitos de pensamiento que el hecho de estar inmersos en una

cultura determinada comporta, es esencialmente libre e independiente de servidumbres lingüísticas, porque el pensamiento no es proposicional, como sí es el lenguaje. Las grandes ideas, las grandes preguntas de la humanidad, son universales, accesibles a cualquier mente humana, aunque, obviamente, el grado de adhesión que suscitan no sea homogéneo ni geográfica ni culturalmente.

Rebatir el determinismo lingüístico, planteado originariamente por Sapir y Whorf sobre los cimientos del pensamiento de Humboldt y espoleado por el relativismo postmoderno, es la base a que recurre la autora para criticar los fundamentos de los nacionalismos, específicamente el catalán, construido sobre una pretendida cosmovisión particular del mundo propia de Cataluña, dependiente de la sintaxis y el léxico de la lengua y de la historia catalanas. Lozano pretende desenmascarar la presunta pátina de progresismo y vanguardia de los nacionalismos, con su exaltación del particularismo con menoscabo de los conflictos universales que afligen el planeta, como la pobreza, la injusticia, la desigualdad, la discriminación, etc.: lo particular se antepone a lo universal, supuestamente tiene carácter ontológico, y es por lo tanto moralmente superior.

Lozano denuncia que en España, la honorable misión de dignificar las lenguas minoritarias que se emprendió con la transición ha acabado por extralimitarse de sus objetivos originarios (recuperar el estatus perdido para las lenguas regionales) y ha desembocado en una mixtificación de la *cosa propia* y del concepto de *nación*, construido alrededor de la noción de *lengua propia* de un territorio, un invento de esta casa que data de los años setenta. Los conceptos de *nación* y *lengua propia* se definen haciendo referencia el uno al otro, son mutuamente interdependientes y generan un bucle que se retroalimenta constantemente porque constituyen una ecuación tautológica: la singularidad de la nación catalana se legitima en virtud de la existencia de la lengua propia, y viceversa. El problema de este tipo de discursos es que son recursivos: la definición del término invoca, cuando menos implícitamente, el término que intenta definir.

El lenguaje, creador de realidades

Además, la autora insiste en que hace falta llamar la atención sobre el hecho de que el concepto de *lengua propia* es una invención eufemística e interesada que sólo persigue objetivos políticos. Instaurar este término como un término bueno, históricamente ajustado y autoevidente (además de digno de integrar el vocabulario activo y cotidiano de la gente de a pie y políticamente correcto) lleva emparejada una reinterpretación de la historia peninsular: la autora demuestra que implica la tergiversación de datos históricos y el olvido deliberado de la naturalidad con que las diferentes lenguas peninsulares convivieron hasta el s. XIX.

Es este tipo de actos sutiles, basados en el poder creador del lenguaje, los que sirven para construir todo un imaginario colectivo y cohesionar un grupo humano haciendo compartir a sus integrantes la ilusión de una causa común y el deber de enderezar agravios históricos: por un lado, el agravio del anexionismo, que hay que cambiar insistiendo en el hecho diferencial, basado en la lengua, y haciendo una militancia beligerante separatista; por el otro, el agravio del bilingüismo social, que se considera anómalo y que hay que enderezar interviniendo políticamente para hacer que la lengua *minorizada* (más terminología políticamente correcta) acabe siendo lengua *dominante*, es decir, que consiga el objetivo *históricamente justo* e instaure la codiciada *normalidad* política y lingüística. El lenguaje, puesto al servicio de un proyecto político, como por otro lado el análisis del discurso pone en evidencia que ha sucedido desde el nacimiento de las sociedades suficientemente complejas, ha permitido la creación del falso mito de la animosidad secular de Castilla contra Cataluña, que a su vez legitima la beligerancia antiespañola de los nacionalistas catalanes. Y es que el lenguaje nunca es neutral, responde siempre a una interpretación concreta de los hechos, a pesar de que la voz de Lozano se alce reclamando la recuperación de la neutralidad perdida.

La exquisitez del mecanismo excluyente del concepto de lengua propia consiste en el hecho de que, por implicación lógica, convierte a todas las otras lenguas que convivan con ella, independientemente del número de hablantes que tengan, en lenguas foráneas, les sustrae su carta de naturaleza y las hace moralmente inferiores. El estado de cosas y la inercia ideológica nacionalista tienden a crear una cierta uniformización del pensamiento a gran escala, que afecta a toda la sociedad y que hace de la idea de que la opción lingüística es también una opción de adhesión política una idea políticamente correcta. ¡Qué mejor manera de criminalizar a los hablantes inconformistas si se les ha

inducido a pensar que no hablar la lengua del país es un acto de *traición* a su lengua propia! Pero, propia ¿de quién? ¿Quién está legitimado a legislar sobre lo que es propio o no propio de cada cual?

Esta presunta superioridad moral de la lengua propia, fundamentada en una reinterpretación de la historia que hace de Castilla el enemigo natural de Cataluña, arrasa con cualquier contraargumento lógico o del sentido común, como por ejemplo la constatada bondad del bilingüismo a nivel individual, el valor añadido que representa para la diversidad cultural la cohabitación social de más de una lengua en un territorio, la legitimidad autoevidente de las pretensiones de un grupo cuantitativamente superior o, sencillamente, la inexorabilidad de las migraciones en un mundo cada vez más interconectado y más globalizado.

En efecto, prestar atención a la historia de las lenguas significa tomar conciencia de la imparable evolución de estas y de la inexorabilidad de la desaparición de unas y del nacimiento de otras, en un proceso imbricado en los movimientos de población y en el juego de poder de los grupos humanos. Si atribuimos, como hacen la mayoría de especialistas en el tema, la variabilidad lingüística a los movimientos migratorios y al posterior aislamiento de los grupos humanos, no podemos más que concluir con ellos que la globalización y mundialización han girado completamente la tortilla y que lo que se sigue es una cierta y progresiva tendencia a la uniformización. Y es que la defensa de la pureza y el conservacionismo *per se* nunca ha sido buena consejera, como la historia se encarga una y otra vez de demostrar.

En definitiva, el análisis de Lozano es muy eficaz por desmontar los discursos de construcción nacional, haciendo énfasis en la visión parcial de la historia en que se amparan, en la naturalización interesada del binomio lengua-cultura y en la creación y la instauración políticamente correcta de un léxico que legitima y sanciona las preocupaciones y la ideología nacionalista. Ahora bien, los argumentos a los que recurre para justificarse, como por ejemplo la necesidad de recuperar la neutralidad y la inocencia originarias del lenguaje, son argumentos de cariz idealista y no avalados por los conocimientos que tenemos sobre la historia de la evolución en la Tierra. Quizás la lectura pertinente de los acontecimientos que relata deba ser más bien escéptica, si no pesimista, y tal vez quepa concluir que el lenguaje, herramienta que nos catapultó a la supremacía en el planeta, sea también nuestra condena, y que es precisamente gracias a

él y a las transformaciones y representaciones a las que ha dado pie que se divisa ya el inicio del declive de los humanos como especie absolutamente dominante, sin posibilidad de retorno.